

EL PALO MAYOR DEL *SANTÍSIMA TRINIDAD*

Juan MONTAÑÉS REINA



ABLANDO con unos amigos sobre pecios y descubrimientos en el fondo del mar, concretamente en las proximidades del estrecho de Gibraltar, me llamó la atención una historia contada por alguien sobre una exploración que hizo no hace muchos años, cuando aún era lo suficientemente joven y decidido para tales menesteres. Hablaba del descubrimiento de lo que según todos los indicios fue un gran tronco de madera, lo suficientemente largo y grueso como para poder haber sido el mástil de un buque de vela, seguramente un buque de guerra. Según decía, estaba allí casi cubierto por algas y corales, difícil de identificar; pero una vez localizado, se le intuía un sentimiento de ansiedad y desamparo, como si todavía le quedase un hálito de vida y pregonara con amargura que aquél no era su lugar. Mi amigo quedó impresionado ante aquel hallazgo y, de hecho, tomó la situación exacta para poder volver al lugar y contemplarlo con mas tranquilidad. Pero la gran profundidad a la que se encontraba y la situación peligrosa en un entorno de fuertes corrientes hicieron que aquella visión melancólica nunca más pudiese ser contemplada, quedando sólo la triste impresión que en mi interlocutor dejó aquel descubrimiento.

Francamente, confieso que mi amigo me trasladó aquella extraña inquietud con una expresividad tal que nunca he dejado de pensar, con cierta mala conciencia, en el mástil orgulloso, palo mayor de un navío de línea, convertido en un trozo de madera carcomida y condenado a extinguirse en la profundidad del océano.

Pienso que aquel brote vio sus primeras luces en las sierras húmedas de la Cuba precolombina hace muchos, muchos años, tantos que seguramente incluso se adelantó al segundo milenio de nuestra historia.

Su progreso fue muy lento, casi imperceptible para los seres humanos, pero sí constante, cargado de ansia de vida y de supervivencia; conoció a los indios ciboneys y a los taynos, cazadores silenciosos, mágicos, del bosque, participó en las exuberantes flora y fauna tropicales, donde los pájaros de mil colores, como bellos ángeles, se posaban y cantaban en su ramaje, y allí, a

través de los siglos, se iba transformando en un titán de la selva: hermoso, fuerte, flexible, con una copa verde, grandiosa, casi infinita, y que en lo más alto se daba la mano con otros hermanos, formando la capa tupida que cerraba en un ambiente de humedad y sonidos tropicales las zonas profundas y umbrosas de aquella inmensa jungla.

Unos seres extraños llegaron un desgraciado día y, con un terrible brochazo de pintura roja, el rojo de la sangre, lo marcaron; fue su sentencia de muerte; poco después leñadores especializados en el manejo del hacha letal dieron con él en tierra, fue la caída de un gigante, de un coloso, un largo gemido resonó en la selva.

Nuestro orgulloso tronco fue rápidamente despojado de sus frondosas ramas, y así, lleno de muñones, arrastrado hasta la corriente de un río que lo llevó hacia el mar en un viaje sin retorno; ¡ay el mar!, su perdición, su ruina, y como la dama de la muerte lo envolvió en una serie de aventuras y de escenas tan desconocidas como vibrantes y desgraciadas; fue su segunda vida, tan corta como apasionante.

Elegido por unanimidad para la construcción de un gran buque de guerra, un barco enorme y con humos de convertirse en el más poderoso del imperio español; ¡será el palo mayor del *Santísima Trinidad!*, navío de línea de tres palos, cuatro puentes y más de cien cañones, bocas de fuego que vomitaban hierro, fuego y muerte por sus costados, era el año 1769. Se le añadió un mastelero fino y flexible, como caña de bambú, para poder llegar más alto en el cielo sobre la mar y se le trenzaron, como lianas, una infinidad de cabos, jarcias y obenques, más las cuatro vergas que desplegaron sendas magníficas velas cuadradas, de mayor a menor; potentes velas marineras que lo arrastrarían sobre el agua cuando el viento soplara; nunca consiguieron doblegarlo, dada su robustez, su trincado por todas las cubiertas y su apoyo en la pesada quilla del buque; una quilla construida con otro hermano de recio roble, que nunca más volvería a ver el cielo.

¡Qué maravilla!, qué mundo tan diferente cuando nuestro amigo se vio deslizando por la mar, el viento hinchando las velas que lanzaban al inmenso buque por aquellas aguas a veces azules, a veces negras y tenebrosas; oía el silbido del huracán en sus obenques y el agua en sus grandes paños, hinchados, llenos de fuerza, tratando de escapar de su trincado para poder volar; tuvo que reconocer que todo cobró una nueva vida para él y renació de su tristeza para disfrutar del aquel vuelo inaudito, que, como las gaviotas, pájaro velero, desconocido en la jungla, ahora siempre llevaba por compañeras audaces.

El palo mayor no recordaba cuantas travesías, cuantos mares, cuantos temporales, cuantas singladuras, cuantas maniobras, cuantas batallas. Una ocasión fue en cabo Espartel otra en cabo San Vicente, cerca de las costas que llamaban Portugal, allí se enfrentó a varios buques enemigos, barcos con dotaciones vestidas con casacas rojas, sus cañones eran implacables. Aquella vez comprobó en sus carnes el dolor de las balas y del fuego y contempló el dolor

y la muerte, cruel e inexplicable, de tantos hombres que se afanaban por la cubierta del buque en un mundo de horror; esta batalla borró toda sensación de optimismo en aquel gallardo y no menos orgulloso *Santísima Trinidad*.

Nuestro palo mayor tuvo el tiempo suficiente para llegar a ser un eficaz observador de todos los humanos que vivían en su buque, había categorías: navegantes, expertos conocedores de vientos y rumbos, contra maestres para las difíciles maniobras del velamen, artilleros, magníficos utilizadores de los cañones, fusileros, tiradores que subían a las jarcias como gatos en el momento de las maniobras y batallas y, sobre todo, se estremecía de piedad con la llegada de jóvenes marineros de leva, bisoños en aquel entorno, un mundo de disciplina durísima y hasta cruel; torpes en las maniobras, mareados como cubas en alta mar, aterrados en el combate, le producían una tremenda pena. Alguna vez veía al jefe supremo, el comandante de buque, era lo más parecido a Dios, vivía en el alcázar de popa, todos le respetaban y lo admiraban, a veces le temían, otras le querían; en las batallas ocupaba su lugar bien visible y desde allí dirigía el fragor de la refriega, transmitiendo una calma y tranquilidad inauditas, hasta el final.

Después de un ganado descanso en los astilleros, algo así como un hospital de buques, el *Santísima Trinidad*, con sus aparejos nuevos de trinca y su casco limpio, se encuentra formando parte de una gran flota fondeada en una bien protegida bahía; velas, gallardetes, banderas de colores diferentes, ¿de dónde vendrán esos barcos con dotaciones tan diferentes?, no se les entiende el habla. Marineros muy importantes subían a bordo, largas reuniones en la cámara del comandante... una gran actividad se desarrollaba en el buque, la tripulación estaba nerviosa y más bebedora que de costumbre, una sensación de amarga ansiedad se extendía por todos los sollados y cubiertas.

Una mañana cualquiera, con viento flojo del Oeste se hacen a la mar y, una vez congregados todos los buques en una difícil y larguísima formación en línea de fila, navegan hacia el Sur; su experiencia marinera le susurra que ésta va a ser una navegación muy especial, todos están nerviosos a bordo, los oficiales, muy serios, están en todas partes, otean constantemente el horizonte con sus catalejos, los condestables prueban y comprueban los cañones, la pólvora, las mechas, las armas largas y cortas, los contra maestres trincan los aparejos y se desgañitan dando órdenes y pitadas a la marinería, que desarrolla una actividad desconocida; todo es tensión, muchos rezan.

A la amanecida del día siguiente se divisan otras velas por el oeste, son muchas, parecen infinitas, es el enemigo esperado y navega, con rumbo claro y directo hacia nosotros, vienen a la lucha, a la guerra, a morir matando, esa actividad tan extraña y tan nefasta en los humanos; escupirán fuego y muerte por sus bocas de hierro, el estruendo será sobrecogedor, el humo cegará la vista y nosotros responderemos con el mismo terror. Nunca pudo comprender a estos seres, tan inteligentes para construir aquella belleza y tan torpes como para destruirla con tanta dedicación y con tanta ira; un fugaz destello de terror cruza el alma de aquel viejo árbol, prisionero en su buque.

Empieza el fragor de la batalla, nuestro palo atisba las primeras balas que silban entre los aparejos, los buques se acercan más y más, parecen que van a embestirse, las velas se llenan de agujeros, bolas de hierro y cadenas candentes empiezan a herir y matar a la dotación; pero parece que nada ocurre, la sangre derramada empapa la arena de las cubiertas, los hombres siguen ocupados en sus cañones, en sus fusiles, en sus velas, en sus aparejos, otros, en tarea que hasta parece rutinaria, retiran a los muertos y heridos hacia otras cubiertas; es un mundo irreal, todo un infierno organizado para el exterminio, las voces de los mandos siguen manteniendo el tono, parece la historia de un final amargamente calculado.

Al cabo de varias horas todo es desolación a bordo; los muertos y heridos abarrotan las cubiertas, han caído los otros mástiles, el trinquete y el mesana; el mastelero, amigo inseparable, también; solamente queda él aunque con varios balazos de cañón a lo largo y ancho de su estructura, soportando con rabia y entereza un jirón de la vela mayor que cuelga flapeando de su gavia y unos cabos sueltos que golpean como látigos la cubierta... es el final de la batalla. (21 de octubre de 1805).

Hombres hablando una lengua extraña suben a bordo, con arrogancia, se adueñan de nuestro buque y organizan como mejor pueden aquella desgraciada cubierta al tiempo que, aferrándolo con destreza, se lo quieren llevar a remolque, como trofeo de guerra, a su país.

El temporal empieza suave, como con disimulo, una ventolina inocente, pero pronto enseña los dientes y explota. Los buques enemigos tienen que arriar el remolque y el *Santísima Trinidad*, sin gobierno, queda abandonado a su suerte; ardiendo, después de bailar en la tempestad como un muñeco de corcho, no puede con el peso del agua que embarca con abundancia en sus bodegas y es engullido por las olas; el clamor de los heridos es espantoso, todo es tragado por la mar que ha cobrado su presa.

El silencio se abate sobre la escena, tablones, barriles y náufragos soportan como pueden el oleaje esperando la incierta llegada de posibles salvadores, es de noche, por el norte, un resplandor se divisa en la costa, es una fogata en la punta Camarinal; anochece el 24 de octubre de 1805.

Nuestro palo, maltrecho y chamuscado, ya está en las profundidades; el orgulloso buque es un esqueleto casi deshecho, hace años que la pesadilla terminó; desde allí ha visto pasar las grandes ballenas con sus extraños sonidos, hablan entre ellas y conoce su lenguaje; los atunes, en grandes bandadas, rápidos y silenciosos, las orcas perseguidoras, los simpáticos delfines, las grandes tortugas, los cascos de los buques, cada vez más grandes y poderosos; ya no se mueven a vela, los árboles respirarán tranquilos...

Pero con el paso del tiempo, un tiempo sin medida, nuestro amigo se desmorona recordando su Cuba, su cielo, sus pájaros, su lluvia; porque para eso fue creado, para la vida en su medio, en el aire, no en el agua; ahora se pudre poco a poco, contando historias de selvas tropicales, de vientos, de luz y de sol a sus nuevos amigos, allá, en el fondo de la mar.